

lleza, sino por llevar consigo un modo de captación –un “método”, si se me permite esta personal expresión– de captar ciertas realidades” (p. 143) que permanecen ocultas pudiendo sólo manifestarse a través de ciertas artes como la poesía. Zambrano nos aclara que “la senda que yo he seguido, que no sin verdad puede ser llamada órfico-pitagórica, no debe ser, en modo alguno, atribuida a Ortega. Sin embargo, él, con su concepción del *logos* (expresa en “el *logos* del Manzanares”), me abrió la posibilidad de aventurarme por una tal senda en la que me encontré con la razón poética” (p. 208).

La controversia entre la razón vital de Ortega y la razón poética de Zambrano, no ha sido ni es, únicamente, tema de estudio y polémica entre seguidores y estudiosos de sus respectivas obras. Posiblemente atañe a otro de los temas que más interesa a los investigadores y tiene que ver con la actividad y actitud política de ambos intelectuales. Con este tema llegaríamos a nuestra última parada, destacando aquel trazo de Zambrano que nos habla del Ortega y Gasset político, de sus reformas educativas y de su actividad intelectual antes, durante y después de la República, pero también de su crudo silencio durante la guerra civil española y el exilio. Un silencio que contrasta claramente con el grito, el posicionamiento y la lucha de muchos intelectuales a favor de la República. Un silencio que algunos de sus discípulos más cercanos no llegaron nunca a entender.

En los artículos, cartas y manuscritos en los que Zambrano aborda la cuestión del silencio de Ortega se encuentran las palabras más duras de la autora respecto a éste. Palabras conternadas de quien no logra comprender a los que en su día callaron. Aunque también se encuentran palabras que muestran el profundo respeto y filiación que siempre sintió por Ortega, sentimiento con el que, quizá, logró “perdonar” y superar su decepción.

Sumergirse en estos trabajos de Zambrano es acercarnos de la mano de su discípula al proyecto filosófico de Ortega y conocer, a la vez, cómo éste influyó en su pensamiento y su obra. Y es también aproximarnos al rostro y a la persona de uno de los intelectuales más im-

portantes y destacables del pasado siglo XX a través de la mirada siempre cordial, sincera y luminosa de la pensadora andaluza.

Sara Ortiz

Miguel Morey, *Monólogos de la bella durmiente. Sobre María Zambrano, Zaragoza, Eclipsados, 2010.*

“Todo pensamiento que no es nuevamente pensado es, al igual que una obra de arte sin espectador, un pensamiento muerto”, escribió en cierta ocasión la pensadora y poeta Chantal Maillard. Pues bien, lo que el lector encontrará en este libro recopilatorio de Miguel Morey es precisamente el pensamiento vivo de Zambrano, y ello porque su autor no se ha limitado a exponer ese pensamiento desde la objetividad que tantas veces se reclama, sin saber, de la actividad profesoral, sino porque, tras muchos años –décadas– de dejarse acompañar por ese pensamiento, su autor habla desde una *experiencia* de lectura, es decir, desde la interiorización –en la que ha tenido lugar la comprensión– de ese pensamiento. Como reza el epígrafe de la misma Zambrano con que se abre el libro, “si el pensar no barre la casa por dentro, no es pensar”, y por dentro ha barrido su casa el pensar de Miguel Morey aquí, y por ello, además de un libro sobre Zambrano, es éste un libro donde el lector encontrará el pensamiento de su autor –en su hablar con el pensamiento de Zambrano.

Los textos que el volumen recopila vienen precedidos de un prólogo, que sirve de presentación o pórtico, y que deviene parte fundamental de esa experiencia de lectura, en tanto ofrece la conciencia de esa experiencia. Constituye este prólogo el relato de una memoria que es tanto personal como colectiva. Informa esa memoria del encuentro casual del autor con el pensamiento de Zambrano en 1971, en una librería de lance de Barcelona, donde halló las *Obras reunidas* de la editorial Aguilar. De “auténtico encuentro” califica Morey el hallazgo, a la altura del que vivió con *Las palabras y las cosas* de Foucault, con *Lógica del sentido* de

Deleuze, o con la obra de Giorgio Colli, maestros irrenunciables todos ellos para Morey. A partir del encuentro con esas *Obras reunidas*, el prólogo ofrece al lector el relato del asombro ante un mundo nuevo –el de la reflexión sobre las relaciones entre filosofía y poesía–, pero también la rabia por el escamoteo intelectual en aquel tiempo de miseria. No obstante, lo importante es aquí el reconocimiento asimismo para aquellos que, pese a todo, abrieron caminos o senderos por los que transitar. Memoria colectiva, pues, la de Morey, la de toda una generación que tuvo que aceptar como maestros a “pálidos sucedáneos”, mientras los verdaderos permanecían en diversos exilios y sus obras tal vez perdidas en librerías de lance.

Al calor del relato de esta memoria, el prólogo presenta la conciencia de la experiencia de lectura del autor con el pensamiento de Zambrano. La gratitud es la palabra que acompaña a esa experiencia y la que guía el particular homenaje de Morey a lo aprendido de aquellos maestros hurtados y sólo más tarde encontrados: homenaje que consiste en proseguir los caminos o los senderos abiertos por ellos, en continuar pensando su pensamiento, como demuestran, por otra parte, en el caso de Zambrano, todos y cada uno de los trabajos recogidos en este volumen. “Las deudas del conocimiento se saldan hacia abajo y no hacia arriba”, sostiene el mismo Morey en el prólogo.

Lejos de pretender alcanzar verdades definitivas, de dar con la cifra última del sentido, abrir caminos o senderos debe ser, entiende Morey, la ocupación del comprender. Porque el comprender no debería suponer una luz cegadora sobre el objeto de estudio, de modo que éste quede inmovilizado y detenido para futuras lecturas, sino, en metáfora zambraniana, luz auroral de un entre-ver, es decir, visión no desprendida de las sombras originales. *Monólogos de la bella durmiente* es un título acertado para este volumen, porque para el autor y también para Zambrano el comprender es un ejercicio de aproximación o de tanteo, como en duermevela, el ejercicio de aquel que bordea los textos resistiéndose a imponerse sobre ellos. Se trata de crear las condiciones, afirma Morey,

“de una escucha posible”. Gracias a ese ejercicio, al lector se le abren las puertas de un verdadero comprender, que es el comprender desde los interiores, o desde las entrañas, que diría Zambrano. Como advierte el mismo Morey, el camino del conocimiento (el camino de “la serpiente”) sólo lo será de veras cuando el lector lo haga suyo, cuando empiece él también a pensar lo pensado por otros.

El comprender debe suponer asimismo “poner en diálogo”, afirma Morey en uno de los trabajos del libro, “propiciar encuentros, hibridar lecturas”. Un buen ejemplo de ello son aquí los trabajos donde Morey sitúa los textos de Zambrano junto a los de Foucault, Deleuze o Colli, autores todos ellos partícipes de esa *comunidad inconfesable* que tematizó Blanchot a partir de la noción de Bataille, y a la que también pertenecen Camus, Char, Cioran, Caillois, Artaud o Benjamin, comunidad de pensadores más que de filósofos, que denunciaron “la razón discursiva” y hablaron desde sus márgenes. Debe destacarse la generosidad de Miguel Morey en esos y otros trabajos, al compartir sus intuiciones con un lector del que dependerá después, ya en solitario, alcanzar algún tipo de claro en el bosque del conocimiento.

Tras el prólogo, el lector encuentra ocho trabajos sobre Zambrano, más dos apostillas. Hay que celebrar, desde luego, la decisión de reunir todos estos estudios en un volumen, porque alguno de ellos es ya de difícil acceso. Abarcan desde 1991 hasta la actualidad, y tienen un origen diverso: congresos, seminarios, charlas en universidades. Se trata de la mayoría de las más decisivas publicaciones de Morey sobre la pensadora.

Trata Morey en esos trabajos los momentos determinantes de la historia de la relación de la filosofía con la poesía, el tema primordial de Zambrano descubierto por el autor en aquellas *Obras reunidas*: el triunfo de la filosofía (“la urbanización filosófica del preguntar”) y el apagamiento de la tragedia (un género asimilado a la figura retórica del oxímoron que reaparecerá siglos más tarde en la *fábula mística*); la transformación del antiguo asombro inicial ante el mundo en la angustia y el nihilis-

mo moderno (la "suicida *hybris* que inaugura el pensamiento moderno"); la devaluación de los "meandros discursivos" en el mundo de la mística, y en especial en Miguel de Molinos; la coincidencia en el tiempo de la mística y el cálculo infinitesimal de Leibniz; el concepto de "lo neutro" en el pensamiento francés contemporáneo y su relación con formas no discursivas del pensar; el lenguaje propio de la Antígona zambraniana, el delirio, como otra forma no discursiva del pensar relacionada con el lenguaje de los *ínferos*; la propia figura de Antígona en los textos de Zambrano, sobre la que ésta proyecta la guerra perdida, el mundo muerto, la Europa impensable, el primer exilio; la relación del pensamiento de Zambrano con el universo de Ramón Gaya y José-Miguel Ullán, etc.

Importa lo dicho aquí, pero también, y mucho, el *tono* en que se dice. Es más, se dice lo que se dice, precisamente porque se dice en ese tono, el cual depende del empleo de un lenguaje determinado. Podría aplicarse al lenguaje de Morey en este volumen esta reflexión que realizaba la poeta Olvido García Valdés en cierta ocasión: "la verdad, así, no aparecía tanto en relación a lo enunciado como a un *modo* de enunciar, a una actitud; y eso que se percibe en la lectura y que le corresponde se podría llamar *tono*". Pues bien, es el *tono* de Morey aquí el que permite hablar de la *verdad* de estos textos, que no es otra que la de aquella *experiencia* de lectura, es decir, la de un comprender desde los interiores.

Virginia Trueba Mira

Pablo Armando González Ulloa Aguirre y Christian Eduardo Díaz Sosa (coords.), *María Zambrano. Pensadora de nuestro tiempo*, México, Plaza y Valdés-UNAM, 2009.

El título del libro alude a la actualidad de la obra de María Zambrano y resalta los temas más significativos de una autora que "hereda los grandes problemas de la modernidad: la crisis de la razón ensoberbecida; el desplome de la verdad", priorizando la necesidad de ver más allá de la relación entre filosofía y poesía, lo que sugiere reflexionar en torno a su actua-

lidad para comprender nuestro presente. Estructuralmente este libro consta de once ensayos agrupados en cuatro capítulos que abordan: el exilio, la modernidad, la política y la razón poética. Julieta Lizaola, Ana María Martínez de la Escalera, Pablo Armando González Ulloa, Greta Rivara Kamaji, Carmen Revilla Guzmán, Christian Eduardo Díaz Sosa, Gerardo Escobar Galindo, Erika Rebeca Linding Cisneros, María Antonieta González Valerio, Paulina Rivero Weber y Alberto Constante se dan cita para dialogar en torno a la visión de una pensadora de mirada heterodoxa, filósofa que no acepta un único modo de nombrar el mundo, que sugiere la lectura de los múltiples y plurales caminos que se despliegan desde la experiencia vivida de los seres humanos y manifiestos en los textos que componen el volumen.

La primera parte, "Exilio", reúne los trabajos «María Zambrano y Hannah Arendt ante el totalitarismo» de Julieta Lizaola y «Zambrano: la razón poética como exiliada» de Ana María Martínez de la Escalera, que examinan la condición de exiliado y las implicaciones del exilio en la biografía de María Zambrano, resaltando su alcance en la originalidad de su obra. Julieta Lizaola estudia las cercanías y coincidencias entre Hannah Arendt y María Zambrano, señalando la imposibilidad de subordinarlas a una corriente filosófica y/o teorías de la historia porque la situación de exilio es, en ambas, el sustento ético y político de su quehacer filosófico y, concretamente en Zambrano, el origen de la potencia creadora de la razón poética, origen que posibilita replantear su fundamento ético y mirar a la persona como posibilidad y esperanza. Por su parte, Ana María Martínez de la Escalera reflexiona sobre el oficio del filósofo en Grecia y su compromiso con la vida, estudiando el fenómeno del exilio como resultado y vivencia de la crisis de la razón y la guerra: "el exilio es el amor desesperado, no por lo perdido sino por las cosas que podrían perderse en cualquier momento; amor desesperado que es necesidad de aferrarse al instante"; en ese sentido la vida y la obra de María Zambrano, señala Martínez, son una, como uno es el compromiso del filósofo con la vida.